

Lo que de mí es más que yo. Intimidad y resistencia. Fragmentos a partir de la obra de Aurore Valade

laura suárez

¿Qué digo cuando digo yo? Posiblemente mucho más y mucho menos de lo que habría pensado decir. Algo salta por los aires cuando el sujeto se nombra. Acontecimiento de vértigo: convulsión de imágenes, de acentos y silencios, de saberes e inquietudes. Una tensión estalla con el resonar de esa palabra que articula la práctica narrativa de la vida. Decir yo es nombrar mi paradoja original, la división que me hace ser (para mí, para los otros) en equilibrio. Una afirmación y una duda. Un amarrar y un titubeo. La identidad y su rotura, cuando se dicen con la lengua. Pero también cuando se miran de cerca. Desde el interior. Una imagen íntima del yo aparece cuando se siente en casa, con todo lo que le sobra y todo lo que le falta. La acumulación es una estrategia para desorientarse y perderse de vista. Yo abierto al otro. Yo expuesto al filo de la mirada del otro. Doble corte. ¿Puedo ser otra cosa, nombrándome y dejándome ver, que ficción de mí?

Es yo lo que no coincide nunca con mi imagen; pues es la imagen la que es pesada, inmóvil, obstinada (es la causa por la que la sociedad se apoya en ella), y soy yo quien soy ligero, dividido, disperso. (1)

La lengua y el ojo como herramientas para un sondeo de los lugares de lo íntimo, ese terreno sin coordenadas precisas que no se puede decir ni mostrar completamente, pero que se escurre entre los objetos de una vida, en los colores de una habitación, en las imágenes que ponen el tono de un lugar habitable. Lo íntimo patina entre los lemas acumulados de una historia recogida entre las cuatro paredes de un museo imaginario de salón. La cáscara de la intimidad se forma con esos climas de interior donde el sujeto se acomoda y se encuentra

en su lugar. “Estar en su lugar”. Donde uno se deja caer y cede ante el espacio construido para ser habitado. Donde uno se siente a salvo de la farsa de la identidad, de sus clasificaciones y de sus etiquetas. Ámbito de la recuperación y marco de reposo del desconcierto de ser uno a los ojos de los otros. El afuera aprieta cuando el interior afloja. Dialéctica de una respiración entrecortada.

Toda respiración propone un reino. (2)

Cuando uno dice yo se desperdiga. La intimidad rebosa multitudes. Los aromas que destilan las cosas. Los objetos en los que uno se pierde dramáticamente. El polvillo de una estancia. Lo que sobrevive a las mudanzas. Lo irresistible de algunos trastos. Lo que completa mis faltas y las amontona con otros nombres. Las suelas que caminaron mis trayectos. Mis suelos y mis cimas. Los detalles que existen para el que los mira. Lo que dicen y lo que callan mis disposiciones interiores. La maqueta de una vida. Su fortuna.

El tiempo que pasa (mi Historia) deposita residuos que van apilándose; fotos, dibujos, carcasas de bolígrafos ya secos desde hace tiempo, carpetas, vasos perdidos y vasos no devueltos, envolturas de puros, cajas, gomas, postales, libros, polvo y chucherías: lo que yo llamo mi fortuna. (3)

Lo íntimo es superlativo de interior. Los interiores son cuartos con ventanas que se cierran y se abren y que dan a ver lo que nos mira. Son importantes los vidrios: lo translúcido permite construir un interior y habitarlo a partir del reflejo que incrusta el Afuera en la pupila que se pone de frente. Los cristales opacos enloquecen la vista: las salas de

interrogatorio niegan cualquier intimidad. Los interiores tienen puertas para invitados con contraseña. Porque la intimidad nunca es privada: se cuenta con lo común de lengua que se sabe decir. Y con el cuerpo. Pide una puesta en escena que construya sentido para la mirada del otro. Consentimiento para un simulacro de sí. ¿Qué resiste a la imagen? Lo que se queda fuera de la representación. Lo que no permite hacer ficción ni se comparte a los ojos de un huésped. Lo que no se decide.

Más interior que lo más íntimo mío. (4)

El núcleo duro de la intimidad no tiene que ver con lo inconfesable, sino con lo indecible que toma posición en los interiores de un yo que nunca vive solo. Lo ajeno también se acomoda en la atmósfera del sujeto. *Lo que hay en ti más que tú* conecta con los nervios de una carne que se pinza con la vida. Todo yo aloja un forastero que habla una lengua extraña. Sin código. Lo propio de la intimidad es ser inapropiable. Porque su hueso tiene algo de lo que excede al sujeto que la ocupa. Contiene todas las miradas y todas las lenguas que lo escrutaron sin pedirle permiso, porque estaban allí antes de su llegada. El interior guarda un cuarto cerrado sin llave y sin dueño. ¿El yo no es dueño de su propia casa? Algo de lo íntimo se queda fuera de la comunidad de propietarios. La intimidad se fractura como espacio cerrado para el sujeto. Lo que de mí es más que yo y no puedo decirlo. Lo que de la vida se esconde y me determina íntimamente. Inaprehensible y opuesto a la objetivación. Como Dios para los santos.

¡Ay, cuántas cosas están aún escondidas dentro de mí y quieren convertirse en palabra y forma! ¡No

hay en torno a mí silencio, altitud y soledad suficientes para que yo pueda percibir mis voces más íntimas! (5)

La intimidad no permite visiones panorámicas, sólo miradas de fragmentos. El espacio social tampoco, de ahí una parte de su correspondencia. El interior como proyector de imágenes comunes. ¿Cómo se teje una intimidad con las versiones del Afuera? ¿Qué se dan y qué se quitan?. Lo íntimo como montaje.

La resistencia comienza con la experiencia. Ésa es su autoridad y la legitimidad de su impotencia, como sabía Bataille. El yo se reivindica porque se sabe proceso y construcción, porque se reconoce dependiente y porque lleva el peso de su insuficiencia. Desde sus interiores configura el yo frágilmente su contestación exterior. Cruzamiento de planos. Salir a la calle para poder volver a casa. Interrumpir el celo de la definición. Renombrar el Afuera desde dentro. Violentar a la violencia. La identidad lleva la letra de la opresión. *¿Estamos faltos de resistencia al presente?* La militancia como forma de vida, como estrategia singular para dramatizar la existencia. Las manifestaciones, las marchas, las plazas: son puntos de intensidad de una dramatización. Resistir desde la herida y pintar de rojo los barrotes.

Si no supiéramos dramatizar no podríamos salir de nosotros mismos. Viviríamos aislados y amontonados. (6)

Contra la resignación: utopía de una intimidad que resiste en los lugares comunes. Trabajar el fantasma de Barthes: los aglomerados ideorrítmicos. En

un mundo en el que *el enemigo*, todavía, *no ha dejado de triunfar*, la imagen se propone como operador de resistencia. ¿Cómo el arte organiza hoy el pesimismo? Poética de la figurabilidad que es también política. Fotomontajes saturados con la letra del presente. La acción como método de verdad salpicada de ficción. El fotógrafo afirma la duda, recreándola.

El comentario de una imagen no puede ser lineal. Funciona con picos de sentido y con huecos de no saber. Un hilado de fragmentos de compresión sensible siempre agrietados. El fotógrafo orienta la trayectoria de la mirada y le pone trampas. La escritura responde como montaje. Como lugar íntimo. ¿Qué digo cuando escribo desde mí? Construir un texto como se construye una imagen fotográfica: con tomas y con capas que hacen una composición de naturaleza inacabada. Con puntos ciegos. ¿Se puede escribir lo que no se puede ver?

Todo ojo lleva consigo su mancha. (7)

(1) BARTHES, Roland. *La cámara lúcida*. Barcelona: Paidós, 1989. p. 39.

(2) CHAR, René. *Furor y misterio*. Madrid: Visor, 2002. p. 127.

(3) PÉREC, Georges. *Especies de espacios*. Barcelona: Montesinos, 2001. p. 49.

(4) SAN AGUSTÍN. *Confesiones*. México DF: Editorial Lectorum, 2006. p. 49.

(5) NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia*. Vol. IV. Madrid: Trotta, 2010. p. 366.

(6) BATAILLE, Georges. *L'expérience intérieure*. Paris: Gallimard, 2011. p. 23.

(7) DIDI-HUBERMAN, Georges. *Lo que vemos, lo que nos mira*. Buenos Aires: Manantial, 1997. p. 47.